

La violencia ni se crea ni se destruye
Teoría general de la violencia natural, política, social y doméstica. Un caso particular:
la violencia doméstica
http://www.iigov.org/seguridad/?p=16_03

Andrés García Gómez

*Investigador social especializado en el comportamiento de la
población en situaciones de crisis y catástrofes*

No es mi especialidad la violencia hacia la mujer o la infancia, esta es un campo que sólo puedo atisbar desde el horizonte de mi campo de trabajo específico que es el de la violencia de la naturaleza y de la sociedad, es decir de la violencia en general como génesis de grandes desastres y catástrofes sociales.

En dicho campo sí que he llegado con bastante certidud a algunas conclusiones que quizás puedan ayudar al análisis específico de esta manifestación particular de la violencia hacia el segmento infantil, que en mi opinión es un epifenómeno del descontrol de la violencia en general.

La primera y fundamental es que la violencia está en la génesis tanto del mundo de la materia como de la vida y de la sociedad. Sin violencia no habría ni universo ni naturaleza ni sistema social. De similar modo a como la gran violencia energética del Big-Bang estuvo en el origen del cosmos, otras formas de violencia menores, que no voy a pormenorizar en este ensayo pero que todos pueden rememorar, son las que han hecho posible la vida sobre la Tierra incluido el propio ser humano y la sociedad.

No podría ser de otra forma ya que la violencia es un atributo consustancial a la energía y ésta está en el origen de todo lo conocido. Y así como se dice que la energía no se crea ni se destruye, la violencia que le es inherente goza de la misma virtud.

Por otro lado tenemos que el mundo está formado por sistemas, compuestos por elementos o subsistema, que a su vez son subsistemas de otros sistemas de orden superior. En lo que nos concierne, el individuo es un sistema real orgánico, compuesto de subsistemas: sistema locomotor, sistema digestivo, sistema nervioso, etc.; y que a su vez es elemento de sistemas sociales de orden superior del tipo artificial e ideológico, tales como la familia y la sociedad. Entre ambos se configuran otra serie de subsistemas intermedios.

Ambos, individuo y sociedad, son sistemas abiertos y dinámicos, más bien termodinámicos, cuyo equilibrio metaestable y supervivencia depende del intercambio continuo de energía y violencia con el entorno para evitar el proceso de entropía al que está abocado cualquier sistema por el segundo principio de la termodinámica, y que indefectiblemente terminaría con su disolución en el entorno. Se compensa esta tendencia al orden estable, o se retrasa, con la incorporación de energía del entorno, lo que le permite mantenerse en un modo de equilibrio metaestable. Cuando este proceso se para el sistema muere, entra en equilibrio térmico y se disuelve en el entorno, del mismo modo que si dejamos de dar fuego y calentar la olla de agua, ésta dejara de hervir –(vivir) hasta quedarse estable (muerta), calma y a la misma temperatura ambiente.

También en el entorno de la naturaleza ésta se mantiene con más vida cuantos más procesos de intercambios energéticos o fenómenos naturales le afectan, su carencia nos lleva a los equilibrios desérticos por contraposición a las zonas tropicales “violentadas” casi regularmente por fenómenos meteorológicos o vulcanológicos, con gran recirculación energética que a su vez se traduce en explosiones diversas de vida frente a las zonas más estables que devienen en despoblación desértica.

Los sistemas desarrollan mecanismos cada vez más sofisticados y complejos con los que regular este intercambio de energía e información con su medio. La lluvia, el sol, el calor interno del magma, la radioactividad o energía nuclear, las centrales térmicas, los desniveles de los cauces de los ríos y las presas, etc., son fuentes de energía, pero cuando esa energía se presenta de forma brusca incrementada en cantidades que superan nuestros umbrales de absorción se produce la catástrofe o colapso del sistema.

Los sistemas entran en riesgo catastrófico o de desestabilización por causa de una irrupción brusca de energía que los mecanismos del sistema no pueden absorber, y en esos casos se dice que los fenómenos tanto naturales como tecnológicos se presentan de forma violenta².

Y esto es importante porque la violencia no depende tanto de la energía, como de la capacidad de absorción de los sistemas en que impacta. Así la violencia del agua dependerá de la capacidad de absorción de nuestra red de alcantarillado, y la violencia del terremoto de la capacidad sismorresistente de las edificaciones. Recientemente hemos tenido varios ejemplos de ello; hace pocos meses un intenso terremoto supuso miles de muertos y una gran destrucción urbana en Argelia, unos días más tarde hubo otro terremoto de similar grado en Japón que no produjo ninguna víctima mortal, sólo unos pocos heridos y algunas grietas, y pasó desapercibido, no fue noticia destacada ni relevante para el mundo. En el pasado verano la ola de calor superó los umbrales normales de absorción en algunos colectivos causando la muerte de muchos individuos.

La violencia es, pues, una categoría antropomórfica subjetiva que hace referencia al excedente de energía que supera los umbrales normales de absorción y transformación del sistema físico o psíquico en el caso del individuo y los subsistemas de infraestructuras en el caso de la sociedad.

Digo categoría antropomórfica subjetiva, y añado relativa, porque en el universo o la naturaleza la violencia no existe como tal, como tampoco existe ni el bien ni el mal. La naturaleza no es buena ni mala, ni pacífica ni violenta, es simplemente naturaleza, vida en proceso, recirculación de energía que violenta de modo continuo la tendencia de los sistemas a la neguentropía, al orden final, a la muerte³.

Concluyo esta parte, y digo con ello que la violencia es parte inherente de la naturaleza, incluidos los sistemas sociales e individuos, que no se puede negar y que no se puede eliminar, sólo cabe por lo tanto su canalización, regulación, desviación, absorción, etc. Pero pretender eliminarla no es posible ni aconsejable, dado que para ello necesitaremos contraponerle otra violencia equivalente de signo contrario lo cual o bien en caso de éxito paralizaría la vida o bien multiplicaría la violencia. En este erróneo afrontamiento del problema de muchas violencias a las que se les intenta contraponer otras, basada en la ilusión de que se puede eliminar o erradicar, se encuentra la explicación por ejemplo de que el aumento de normas punitivas proteccionistas de la infancia, juventud y mujer no conlleva una disminución ni de la violencia hacia la infancia ni de la violencia juvenil ni de la doméstica, todas ellas parecen que crecen sin freno y desparraman por todas las áreas de la convivencia social. Ésta aumenta en parecida proporción a como aumenta la violencia legislativa hacia los infractores. Sería como si quisiéramos anular el curso del río con una presa ciega, antes o después el río se desparramaría por nuevos cauces o bien desbordaría violentamente a la propia presa.

Esta situación de naturaleza, en la que cada unidad sistémica tiene como único objetivo la supervivencia, en continua competencia violenta con todas las demás, se supera por medio del pacto o convención social en la articulación expuesta en principio por Hobbes y que más tarde recogería Locke con la afirmación popular de que en estado de naturaleza el hombre es un lobo para el hombre. En este pacto o convención en que se basan las sociedades humanas los particulares renuncian al uso de la fuerza que pasa a ser de titularidad y potestad exclusiva de la sociedad, nuevo sujeto sistémico artificial e ideológico nacido de dicho pacto.

Dicha convención conforma los procesos de enculturización y de socialización, con los que se intenta, por un lado, anular la natural tendencia egoísta y violenta del ser humano y, por otro, socializarlos en las ventajas de la solidaridad, colaboración, respeto, etc., virtudes y valores sociales y culturales sin los cuales no sería posible la vida en sociedad.

Por lo antedicho, que duda cabe que considero el postulado rousseauiano de que el hombre es bueno por naturaleza y lo que le hace malo es la sociedad, como un fatal error axiomático de partida, que contamina y nutre a las teorías socialistas tanto las llamadas utópicas como científicas y que a pesar de sus fracasos desde los falansterios a los regímenes comunistas recientes, sigue vigente en la actualidad en las teorías de las nuevas sociologías, psicologías y pedagogías educativas de nuestra sociedad que, actuando como aprendiz de brujo, han negado la violencia creyendo que la misma nacía en quienes detentaban la autoridad. Y no sólo no era así, sino que ésta estaba regulada, concentrada y contenida por el pacto social consuetudinario en dichas instituciones de autoridad. Al deslegitimar y romper esta concentración y monopolio de la violencia, tanto en el ámbito político, como el escolar y familiar, que actuaban como actúa un dique o presa reguladora frente a la violencia del agua, la violencia ha empezado a correr por todos lados, descontrolada y absurda; y que, como decía anteriormente, la petición de más castigo o violencia de signo contrario no consigue contrarrestar.

Al negar la autoridad y el monopolio de la violencia a maestros, padres, etc., no sólo no hemos conseguido que desaparezca, sino que estamos teniendo como resultado que se extienda y multiplique entre los hermanos, entre los alumnos, entre los pares y de estos hacia los propios maestros y padres, antaño titulares únicos de su regulación y control. Es decir sólo hemos conseguido que ésta circule tanto horizontalmente, como de arriba abajo, sin control y sin regulación, por lo que quienes más la sufren son los individuos más débiles, con menor capacidad de absorción: ancianos, mujeres y niños especialmente por su indefensión. Pero los efectos indeseados de esta estrategia de negación de la violencia natural es que, además, se está incrementando a un ritmo del 25% anual al menos en España. En resumen, la negación de la violencia nos arroja a un nuevo estado de naturaleza salvaje que creíamos superado

Por otro lado, las sociedades son sistemas abiertos (más o menos), dinámicos (más o menos), flexibles (más o menos), homeostáticos y homeorroides (más o menos), artificiales, no deterministas y de una alta complejidad; en los que la naturaleza del nexo de unión de sus elementos entre sí, el factor de relación y cohesión social fundamental, aquello que liga y re-liga a unos elementos con los otros es la re-ligión. Son, por tanto, sistemas artificiales de tipo religioso.

Las religiones que le dan cohesión pueden ser de dos tipos: trascendentes y laicas. Las primeras, y más clásicas, son las conocidas como tales y presuponen que la génesis social es heterónoma y las segundas colocan la génesis de la sociedad en el hombre mismo y se les conoce como ideologías o laicismo.

Tanto las unas como las otras se fundamentan en la amenaza aquí y la promesa allá o post mortem: si sigues mis designios y enseñanzas, tu y los tuyos alcanzareis el paraíso, pero si me niegas seréis malditos y perseguidos tu y todos tus descendientes.

Quienes generan y articulan estas religiones o ideologías conocen bien la naturaleza de los lazos de cohesión social. Saben que fue el miedo de un ser débil físicamente frente a una naturaleza hostil, ante la que había perdido la inmunidad que le confería el Edén, la que hizo que el hombre se agrupara socialmente para su éxito como especie; y que más tarde una vez subsumida y consumida la naturaleza persistiera en la asociación o nexo por el miedo a otros hombres competidores, en resumen el nexo de la relación de las distintas sociedades y naciones se basan en el miedo al otro, al extraño, al bárbaro que nos odia y quiere nuestra destrucción

Una segunda conclusión, por tanto, y pertinente para el tema de este encuentro, es que es el miedo, y no el amor, el nexo de unión entre los hombres, tipo de relación que está en el origen de la sociedad. La sociedad se mantiene ordenada, regulada y cohesionada a través del pánico, que a su vez es regulado por el poder, es decir los gobiernos, como regula el pastor al rebaño por el miedo de las ovejas hacia el perro. Conclusión extrapolable al subsistema económico, educativo, militar, etc., y también el familiar tal como lo ilustra Goya en el cuadro o ilustración “Que viene el coco”⁴; es el temor lo que hace que los niños busquen refugio en las faldas de la madre, el pánico al extraño, al coco, cohesiona al grupo, a la familia. En otras palabras, el amor a la patria y a la familia es un ardíd eufemístico para esconder la verdadera naturaleza pánica de la cohesión familiar y social.

De este miedo regulador de la cohesión familiar que ella misma genera y reproduce como medio de supervivencia nace tanto la violencia doméstica como su dirección. El modelo de familia esquimal, que es la que impera en la sociedad occidental en que nos inscribimos, es formalmente patriarcal pero funcionalmente se comporta como un matriarcado en donde es el marido el que se integra en la familia de la esposa y que será en el futuro la línea familiar de referencia de los hijos; de ahí la esquizofrenia y contradicciones que fomenta discursos interesados de parte. Esta doble institucionalización se materializa en nuestras familias con el reparto de papeles: el “poder” ejecutivo o gobierno en el hogar lo detenta la madre y al padre se le reserva la “autoridad” soberana ausente, que sólo se presenta cuando se le reclama en tiempo de elecciones: “Esto que has hecho está muy mal, cuando venga tu padre le voy a decir que te castigue” / “Esto que has hecho está muy mal, cuando vengan las próximas elecciones pediré para tí un voto de castigo”.

Esa “autoridad” paternal ha funcionado en la familia de similar modo a como la “autoridad” divina ha funcionado en la sociedad, es decir como referencia, justificación y fuente trascendente de castigo tras la que se esconden, de muy sutil forma, los que ejercitan el verdadero poder e imponen a los demás obediencia bajo la amenaza de invocar a la “autoridad” paterna, política o divina según el caso.

Además de lo antedicho, este oscuro y oculto reparto de papeles ha tenido también, como efecto perverso, el que los invocadores de las autoridades paternas, políticas y divinas, según el caso, se presenten ante las víctimas, hijos y súbditos, como intermediarios y apaciguadores de la ira del Padre, pero exigiendo compensación por ello, en el caso de las Iglesias en la forma de donaciones y penitencias, en el caso de la madre sometimiento y fidelidad inquebrantable de los hijos que desemboca en la tradicional alianza madre-hijos frente al padre y en el caso de las políticas tu voto y apoyo frente al caos de la alternativa, del otro.

Pero que duda cabe, que este modelo regulador de las violencias sociales, políticas y familiares está en declive. Ni Dios, ni el maestro, ni el Gobierno, ni el “pater familias” están de moda sino cada vez más relegados por nuevos modelos de cohesiones tanto familiares como sociales y políticas.

En conclusión, mi propuesta se sostiene en los siguientes principios:

1º La violencia es connatural a la vida y la propia naturaleza del hombre. No es anulable ni erradicable y, por tanto, sólo cabe controlar sus efectos a través de su canalización, la convención, concentración y el desarrollo de una enculturación social adecuada a este supuesto.

2º El hombre no es bueno ni malo por naturaleza, es simplemente naturaleza violenta en proceso y es en los procesos de socialización del niño donde adquiere la formación que de adulto discierne entre lo bueno y malo como categorías culturales indispensables para la convivencia futura y la armonía social.

3º La naturaleza de la cohesión social, desde la familia al Estado, lo que liga y re-liga a unos individuos con otros, es decir las religiones, es el miedo pánico. La regulación y dosificación de este pánico es el principal instrumento a través del cual los gobiernos de cada sistema mantienen ordenadas sus respectivas sociedades, tanto en el ámbito de lo familiar como de lo social, lo político y lo religioso.

Esta es mi diagnosis del estado y base de la violencia social, incluida la familiar y la direccionada hacia la infancia, pero son análisis básicos que no me permiten adentrarme en la especificidad de la violencia hacia los niños ni en otras modalidades concretas.

En todo caso, si es que la diagnosis fuera acertada, no-cabría plantearse la vuelta a modelos pasados. No se vea, por tanto, en este ensayo, una propuesta de solución o prognosis, sino simplemente un análisis o diagnosis. En la dinámica de sistemas los procesos son irreversibles, un intento, del tipo volver al modelo del “pater familias romano”, al maestro autoritario, al Dios colérico o al gobierno dictador seria un absurdo en el que se manifestaría la sentencia hegeliana (que popularizó Marx) de que la tragedia de la historia cuando se repite, se repite como farsa.

Pero sí creo del todo necesario que emerja una nueva contractualidad cultural y sistemas de valores que regulen la violencia en los nuevos modelos sociales y familiares emergentes.

Ahora bien, esa nueva contractualidad cultural, esa “omertá” o pacto no reglado pero fuerte, es necesario que esté basada en percepciones realistas de la naturaleza humana y de la sociedad, por crudas que nos parezcan, porque si seguimos con las tesis de Rousseau y los dulces y engolados enfoques líricos y éticos de nuestra esencia individual y colectiva, invocando al amor, la bondad, la comprensión mutua y la solidaridad hacia los más débiles, mucho dudo de que la violencia pueda ser reducida con tales melindres.

Notas

1 Jorge Wagensberg, "Proceso al azar". Tusquets Editores, Barcelona 1986.

2 Andrés García, "Las consecuencias económicas de las catástrofes. Prevención y seguro", p. 101. Edit. Consorcio Compensación Seguros, Madrid 2000.

3 Paradigma del "orden a través del desorden" desarrollado por Ilya Prigogine inicialmente en "Order through Fluctuation" de "Evolution and Consciousness", Addison-Wesley Publishing Company, 1976 Massachusetts; y el resto de su obra.

4 Jesús Lázaro Docio, Doctor Historia del Arte: "Que viene el coco" pertenece a la serie de los caprichos de Goya. Este del coco, es una figura terrorífica para atemorizar a los niños, tradicional en España. La madre ve con buenos ojos a ese "coco" para controlar las respuestas infantiles. La madre favorece ese miedo al "coco" que es alegoría de gobierno y fuerza, ante un pueblo infantilizado.